
Introducción



«Memorias del siglo» nació de una pasión. Entendida como un deseo irrefrenable de comprender la historia dominicana desde las voces y vivencias de sus protagonistas. Ese entusiasmo se convirtió en un propósito que hoy se convierte en este libro que entregamos a la sociedad dominicana.

Corría el año 1998. La euforia por el cambio de milenio empezó a manifestarse alrededor del mundo. Las preguntas sobre los tiempos idos y lo vivido flotaban en el ambiente. Era un mirarse al ombligo para preguntarse y reflexionar sobre los principales acontecimientos, cambios y transformaciones durante los últimos cien años.

Por estas razones fue fácil convencer a los responsables del periódico *Listín Diario* de que nos permitieran elaborar una serie de entrevistas bajo el epígrafe «Memorias del siglo», referidas obviamente, a la centuria número XX. En esa época, ocupaba la posición de redactora investigadora para proyectos especiales, para lo que había sido contratada por el inolvidable periodista, doctor Rafael Molina Morillo. Los directivos del periódico acogieron con beneplácito ese proyecto. Es de justicia recordar y agradecerles su apoyo junto a Rafael Molina Morillo, a Eduardo Pellerano Nadal, Mozart de Lánser y Mirka Morales.

Tenía muy claro cómo debían ser esas entrevistas. De hecho, el embrión de «Memorias del siglo», se gestó en diálogos sostenidos con personajes como Conina Mainardi Reyna, (1906-1999), con su descripción sobre «Balaguer, el raro del curso», publicada en 1996; Ángel Mio-

lán, con su concepción de que «un hombre serio, no cambia de partido ni de mujer», en re-
criminación a Juan Bosch; el cardiólogo Nicolás Pichardo; Fabio Herrera Cabral y el pediatra
Jaime Jorge.

«Memorias del siglo» fue un proyecto concebido para tener largo aliento. Aunque nunca
imaginamos que se extendería durante dieciséis meses. Desde el primer domingo de enero de
1999, hasta mediados de abril de 2000, las publicaciones concatenadas despedían el aroma de
las novelas por entrega.

Para emprender «Memorias del siglo» no bastaron las intuiciones o lo que lo que algunos
llamaban en aquel tiempo «olfato periodístico»; era imperativo buscar orientación, consejos y
opiniones. ¿Cómo abordar la historia desde el periodismo? Aficionada a la historia, ciertamen-
te, pero periodista ante todo, y más que nada, reportera. ¿Cómo escoger a las personas que
serían entrevistadas? ¿Cuáles criterios deberían primar?

Bajo esas disquisiciones, consultamos a varios historiadores como Frank Moya Pons y José
Luis Sáez, S. J. Al primero me unían lazos cuasi familiares y con el segundo se había forjado
una relación de amistad que todavía hoy se mantiene desde las aulas de la Escuela de Comuni-
cación Social, de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).

Se nos sugirió, entre otras cosas, abordar personas octogenarias o nonagenarias, bajo el
entendido de que mientras más avanzadas en edad, mayores eran las posibilidades de cubrir
parte de las etapas menos conocidas por el público. Para ello, ya contaba con la experiencia
acumulada entre los años 1996 y 1997. El proceso de identificar personas mayores de 80 años,
con vivencias que marcaran diversas etapas resultó desafiante.

El proceso de selección de los entrevistados no fue fácil. Algunos cumplían con los requisitos
de la edad, pero no contaban con la suficiente lucidez; otros, rehusaron someterse a preguntas
y ser grabados. En adición, a la mayoría les aterrorizaba fijar posiciones ante acontecimientos
que marcaron el siglo.

A finales de diciembre de 1998, reunimos a un puñado de los primeros entrevistados en el
parque Colón de Santo Domingo, adosado a la centenaria Catedral. Una foto, que para mí es
como una prenda familiar, inmortalizó el momento. Es la que aparece en las guardas del libro.
Una gran carpa blanca, con mesa y desayuno para los entrevistados fue instalada en el mismo
parque. Puntuales, y orondos y alegres, llegaron Rafael Alburquerque Zayas-Bazán y Mercedes
de Castro, su esposa; la irreductible y elocuente Conina Mainardi de Cuello, con su bastón; la
alegre Bélgica Lora; Juan Valdés Sánchez, quien empezó su vida profesional siendo dentista y
la terminó como abogado; Eduardo Matos Díaz, sobre su silla de ruedas empujada por su hija
Matilde de Cáceres Troncoso. Del grupo, Dato Pagán era el más joven, pero, paradójicamen-
te, fue uno de los primeros en abandonar este mundo. De pasada, aprovecho para agradecer

a Matilde de Cáceres Troncoso su generosidad al prestarme su colección de la revista *Blanco y Negro* de principios del siglo XX.

La foto de ese puñado de hombres y mujeres sentados sobre uno de los bancos del parque sirvió como imagen para ilustrar el inicio de la serie «Memorias del siglo», desplegada a todo color en la portada de *Listín Diario* del domingo 1 de enero de 1999.

La serie estuvo acompañada de cronologías compuestas de textos, fotografías y anuncios, para contextualizar la época y las circunstancias narradas por cada uno de los entrevistados. Las demás fotografías fueron suministradas por los propios entrevistados o sus familiares. Igualmente, la reproducción de anuncios publicitarios tuvo como propósito ambientar a los lectores en el clima que se respiraba en cada momento. Merecen especial atención los anuncios de posiciones blanqueadoras de la piel y laciadoras de cabellos crespo, los cuales parecen apelar a una aspiración social y colectiva que pretende negar nuestras raíces y asemejarnos a «lo blanco»; o el anuncio de un médico graduado en París que se promociona como especialista «en enfermedades secretas de la mujer» y el ofrecimiento de Rafael Trujillo para sanar a aquellos que padecieran de enfermedades extrañas.

Impactante resultó verificar en los periódicos de 1937 y 1938 los nombres de dos de los entrevistados que admitieron su participación en la Matanza de 1937, también conocida como El Corte. Revelaron cómo fueron instruidos por personas que viajaron desde la capital hasta Montecristi para ofrecer sus versiones de los hechos de sangre en que participaron. En la obtención de tan valiosos (y dolorosos) testimonios, fue clave la colaboración del padre Guillermo Perdomo Montalvo, sj., párroco de Loma de Cabrera en aquellas fechas.

Las entrevistas que ponemos en sus manos expresan los sentimientos y los puntos de vista de cada uno de las personas entrevistadas. No comprometen la visión ni la posición ideológica de quien suscribe. Se trata de que cada persona que compartió sus recuerdos pudiera expresar a sus anchas y libremente, «su verdad».

No pudimos, lo admitimos, ser inmunes a las emociones de, por ejemplo, una Conina Mainardi narrando cómo escaparon del Santo Domingo de finales de agosto de 1930, con un recién nacido en brazos, abordando una embarcación en el muelle de Santo Domingo, porque sabían lo que se avecinaba con la recién instalación en el poder de Rafael Trujillo. O la indignación añejada de una Mercedes de Castro, cuyo esposo, Rafael Alburquerque Zayas-Bazán fue despojado, desde el momento que se instaló la dictadura, de la posibilidad de trabajar y ganarse la vida honestamente. ¡Treintaiún años tratados por sus vecinos y conciudadanos como parias o leprosos sociales! La anécdota que cuenta De Castro sobre un incidente ocurrido mientras hacía fila junto a otras señoras que llevaban comida a sus familiares presos por pertenecer al 14 de Junio es reveladora. Ahí emerge la diferencia entre los que desde el primer momento adver-

saron a Trujillo y los que después de disfrutar de las mieles del poder, empezaron a conspirar contra el régimen cuando la dictadura empezó a desmoronarse.

¿Y qué decir de Bienvenido Gil, de Loma de Cabrera? Conocedor de cada palmo de la sierra, sirvió de guía a los militares que tenían la orden de exterminar a los haitianos establecidos en la zona fronteriza y otras zonas del país. Gil figura en la página seis de la edición de *Listín Diario* del 15 de diciembre de 1937. La crónica del 11 de marzo de 1938 también lo menciona, como «inculpado de haber dado muerte a numerosos haitianos en los últimos tres meses del año pasado».

¿Cómo olvidar a Asunción Brugal, la hermosa y encantadora dama de Puerto Plata, con sus testimonios de que para consultar médicos o dentistas era más fácil embarcarse para Cuba, en vez de viajar a Santo Domingo, ya que todavía no existía una carretera que conectara el Norte con Santo Domingo, capital política y el centro urbano más importante del país?

En la entrevista de María Dájer acerca de las parteras o comadronas, recomendamos leer la cronología, ya que da una panorámica de la evolución de la medicina en República Dominicana, en especial, la ginecología y la pediatría.

Ante una cincuentena de entrevistas, inolvidables como la de Pedro Mir, o las muy singulares, como las de doña Carmen Quidiello de Bosch o monseñor Félix Pepén, que ponemos en sus manos, es típica la pregunta de cuál es la favorita de la autora. La respuesta es que no hay favorita. Todas tienen algo especial y ansiamos que sean los lectores, quienes emitan su juicio o veredicto.

Quisiéramos denotar la importancia que quisimos darle a las mujeres como protagonistas del siglo XX dominicano. Su rol en este siglo XX, como evidencian las entrevistas, no fue el de la sumisión y resignación. Podría apreciarse que hay de todo; pero en la mayoría destaca la rebeldía y el rechazo a aceptar las injusticias y se pone de manifiesto su entrega al trabajo. En este grupo de mujeres, las hay de las que contribuyeron al cambio y transformación en esa compleja centuria.

No queremos cerrar estas breves palabras introductorias sin expresar otros agradecimientos que hicieron posible la publicación de esta serie en forma de libro. En primer lugar a mi esposo y compañero de vida, José Mella Febles, quien ha puesto alma, corazón y vida para que un proyecto editorial tan laborioso haya visto la luz. Asimismo a mi cuñado, Pablo Mella Febles, sj., que veló por la calidad y coherencia de su forma y contenido, y escribió el prólogo compartiendo algunas claves de lectura.

Igualmente manifestamos nuestro profundo agradecimiento —aunque de manera anónima, porque la lista sería interminable— a todas aquellas personas que colaboraron para facilitarnos el acceso a muchas de las entrevistas y materiales que recoge este libro, pero en especial a las mismas personas entrevistadas.

Entregamos estos materiales tan variados a la opinión pública con el deseo de contribuir a un país más justo. Otras personas tomaron este trabajo con más entusiasmo que una servidora, pues en más de una ocasión he sentido que los reportajes necesitaban de una revisión más profunda. A nuestros posibles lectores, pido disculpas por los errores e inexactitudes que aun quedaron sin corrección. Muchos de esos errores se deben a los plazos implacables del trabajo periodístico. Confío que el cariño ayudará a subsanar las insuficiencias de este trabajo.

ANA MITILA LORA